

Francisco Rodríguez Adrados

Nueva historia de la democracia. De Solón a nuestros días*

Barcelona: Ariel, 2011

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922), helenista e indoeuropeísta, fue galardonado con el Premio Nacional de las Letras 2012. Hace poco ha publicado *El río de la literatura. De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes* (Ariel, 2013); su bibliografía es impresionante. Trazar una valoración de sus contribuciones requeriría más espacio; entre muchos trabajos, se podría destacar *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro* (1972), la edición y traducción de los líricos griegos arcaicos o *Democracia y literatura en la Atenas clásica* (1997). Su importancia es inmensa en el campo de los estudios clásicos españoles, hoy en profunda crisis institucional y en cuya defensa ha trabajado con energía. Sería simplificar demasiado decir que en *NHD* palpita la crisis de legitimidad de los estudios clásicos y de las humanidades¹.

Los estudios sobre la democracia ateniense por Adrados se remontan a *Ilustración y política en la Grecia clásica* (1966), posteriormente modificado y reeditado en *La democracia ateniense* (1975). *NHD* es una reedición aumentada y corregida de *Historia de la democracia. De Solón a nuestros días* (Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1997), en la que se añaden artículos y retazos de artículos aparecidos en periódicos como *El País*, *ABC* o *La Razón*. Forma parte de un amplio espectro de publicaciones sobre el tema por parte de su autor: *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno* (2006), *Hombre, política y sociedad en nuestro mundo* (2008). El estudio de la democracia

* Texto realizado en el marco del proyecto de I+D FFI2010-15196 “Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)”.

¹ Dado que no hay mucho espacio disponible y que *Nueva historia de la democracia* es voluminosa, resumiremos al máximo el texto, parafraseando o citando directamente. Nos referiremos a la obra como *NHD* y citaremos la versión electrónica.

occidental desde el modelo griego forma un proyecto creador al que no sé si la etiqueta de “política comparada” o de “historia comparada” le cuadra. No por el tema, sino por la manera de tratarlo, ya que reflexionar sobre la democracia ateniense o tomarla como modelo forma parte de la teoría política y filosófica desde el Renacimiento –y no sólo desde el Renacimiento– como lugar de una imaginación histórica que ha pensado la democracia griega como punto de partida de cualquier reflexión sobre la democracia y el poder. Esas reflexiones continuarán existiendo en el futuro, con o sin universidad.

NHD contiene hacia el final unos datos autobiográficos del autor, a partir de los cuales puede reconstruirse una parte de su trayectoria vital y profesional, enlazando con lo que el autor plantea de la importancia de los testigos y de la memoria. Su padre fue director de la Escuela Normal de Magisterio y concejal en Salamanca, donde vivieron la guerra. Llegó a Madrid a mediados de los 40 al CSIC recomendado por Tovar, realizó su tesis con J. M. Pabón (Sevilla, 1892-1978) y se casó con una mujer procedente de una familia de republicanos. Pertenece a la reconstrucción posbélica de la universidad española y forma parte de una edad de oro de los estudios clásicos, junto a Luis Gil Fernández (Madrid, 1927), Manuel Fernández Galiano (1918-1988; en 1947 catedrático en la Complutense de Madrid) o José S. Lasso de la Vega (Murcia, 1928-1996). (Otros helenistas que han ocupado espacios de atención en el campo intelectual son Carlos García Gual (nacido en 1943), catedrático en la Complutense, que estudió con Galiano, Adrados y Gil, y Agustín García Calvo (1926-2012) que estudió con A. Tovar en Salamanca). Políticamente nunca se ha afiliado o aficionado a nadie. Su actitud es de distancia, asentada en una ética de trabajo científico. Como él mismo comenta en la parte de *NHD* titulada “El autor de este libro se presenta como testigo”: «Hasta ahora, ningún grupo ha logrado asimilarme. ¡Y cuidado que lo han intentado! ¡Qué felicidad en la independencia! ¡Y qué cara se paga! Ahora mismo». Esa *ἀταραξία* no siempre fue perfecta: «No quise ir en la manifestación que en febrero del 65 se dirigió al Rectorado y que acabó con la detención de tres catedráticos amigos míos, Aranguren, Montero y García Calvo, que acabaron expulsados de la Universidad. Y eso que Agustín fue a mi despacho a pedirme que fuera; yo estaba trabajando en la edición de Esquilo; le dije: “Lo mío es esto”. Su primera reunión, cuando fueron puestos en libertad, fue en mi casa. No era mi estilo ese, nunca lo ha sido, y lo que quería antes que nada era mi vida de trabajo. Eso sí, veía el problema y defendí a los implicados ante el rector y ante el juez Luciano de la Calzada y ante la Junta de Facultad, en un claustro muy tenso. No oso repetir lo que allí oí; parecía otra vez la guerra civil. Tuve a Agustín García Calvo refugiado en mi casa, luego se me escapó, llovía, presidía

las manifestaciones con el paraguas de mi mujer». Actitud distanciada, de escepticismo crítico, a veces irónica (como cuando cuenta que vio a Millán Astray en paños menores en los refugios de bombardeos en Salamanca durante la guerra, «desmitologizado», y «quizá de ahí viniera mi manera distante de ver las cosas»). La actitud hacia el régimen es crítica, reconociendo sus fallos pero también los logros en la reedificación universitaria: «Yo pertenezco a una generación que no hizo la guerra nuestra, tampoco la europea. Una suerte. Pero es una generación abandonada. Para los de Franco no éramos nada, y si no nos apuntábamos a ellos, como yo no hice, continuábamos siendo nada: más bien nos miraban con sospecha. Nos admitieron de mala gana en los escalafones del Estado, en todos los lugares estaban siempre los suyos por delante. Para los del exilio, éramos parte de la España franquista, algo puramente negativo. O algo ni existente». Esta posición intermedia y las revueltas universitarias desde el 56 tal vez expliquen las reflexiones del profesor Adrados sobre la democracia y su propio posicionamiento político.

El objetivo del *NHD* está claro desde el inicio: «Llevando en la cabeza a los griegos, uno medita constantemente a la vista de tantos dramas históricos y políticos como ha presenciado, estableciendo paralelismos y diferencias: la modernidad ayuda a comprender a los griegos, los griegos ayudan a comprender la modernidad». Adrados reconstruye la historia de la política occidental desde los griegos hasta hoy. Es una visión total en la que se repiten una serie de ideas fundamentales. La tesis central del libro: el tema de la tiranía, la revolución y la conciliación democrática, pero también el tema de la desestabilización de las democracias y el de las revoluciones no cortadas democráticamente y la apertura de un largo proceso que sólo al final acaba en democracia. La estructura de *NHD* es clara: reflexiones sobre la democracia ateniense, los regímenes democráticos, la democracia contemporánea y la situación política española. Se presenta una historia de la democracia occidental reflejada en el proceso ateniense; la interpretación del reflejo o de las tendencias de la “naturaleza humana”, algo esencialista, contrasta con el conocimiento de la historia de Grecia. La extraordinaria bibliografía manejada y el conocer profundamente la historia sirve de apoyo al tono ensayístico o filosofante de gran parte de la obra. Realmente, compartido o no el planteamiento general, la parte dedicada a la historia de Atenas es espectacular.

La democracia ateniense duró del 508 al 404 (derrota ante Esparta) y luego del 403 al 322 (derrota ante Macedonia). Como fenómeno transhistórico, la democracia retorna, es una constante; hoy se ha producido un avance con el fin de los totalitarismos (el fascismo y el comunismo) y ello aunque el mundo siga

produciendo infinitas generaciones de fanáticos. Surge como solución de una tendencia continua al conflicto, a la guerra, como un punto de equilibrio entre extremos. El problema de la democracia es el de la igualdad; en torno a este problema, con propuestas de solución y a veces con enfrentamientos, discurre toda la historia de la democracia. La lucha por la igualdad política (que es también, en cierta medida, económica) se infecta (sic) a veces de maximalismos perturbadores como el comunismo, se alía otras con el militarismo o la prepotencia económica: en Atenas nunca se propuso el reparto de tierras.

Los griegos fueron una especie de laboratorio del futuro. Tenían comunistas y fascistas enorme poder y, sin embargo, fueron vencidos al final por la idea democrática. «Creo que la naturaleza humana, que los griegos descubrieron, estaba contra ellos». El imperio es resultado esperable de la Liga y la guerra una paradoja; el imperio sostiene económicamente la democracia y se crea una doble moral. Atenas es calificada como “la ciudad-tirano”.

Para Adrados, la democracia de Atenas existe en estado de crisis continuo pero controlado, manejable; nace de un acuerdo práctico, no de ideas de los filósofos, como la Revolución francesa o el comunismo. Funcionó como un pequeño banco de pruebas, no el único en Grecia, pero sí el más importante, fue un experimento. La democracia ateniense nació de un acuerdo práctico como el régimen parlamentario inglés. Y, dentro de ella, siguieron primando los criterios prácticos: el comportamiento político dependía de las conveniencias, esto nos lo dicen tanto la Constitución de Atenas del pseudo-Jenofonte como Lisias. Sin la guerra podría haber seguido adelante y es una pena que las circunstancias de la época no dejaran otra salida que el imperio, y por tanto la guerra, para defender la democracia. Luego hubo en Atenas una especie de volver a empezar: una reconciliación de las clases que trajo la refundación de la democracia. En la Antigüedad, tanto en Grecia como en Roma, lo que encontramos es un ajuste pragmático en situaciones históricas concretas, no una creación programada de un régimen sobre bases ideológicas. Aunque en Grecia se parta de ciertas ideas generales sobre la igualdad humana y sobre el castigo divino de la injusticia. En Roma ni esto encontramos: sólo puro pragmatismo.

Se insiste en distinguir claramente la democracia ateniense del jacobinismo y del bolchevismo (o «revoluciones de fase dos, las que se niegan a la conciliación democrática»). Estos sistemas han propugnado la revolución radical igualitaria, que no existió en la Antigüedad más que como utopía. «Y han provocado la otra revolución, la fascista, promovida por las clases medias que buscaban defenderse y defender sus valores». Más claro, el agua. Fascismo, jacobinismo y comunismo

son, para Adrados, una anomalía de la naturaleza humana, su extremo. Cabría plantearle, sin embargo, si no es la democracia de tipo ateniense la anomalía y el totalitarismo lo “humano, demasiado humano”. Según Adrados, Marx fue un fanático, con rasgos similares a Platón, otro doctrinario de fe casi religiosa; para el segundo, la clase de los filósofos es la verdaderamente humana, para el primero solo la proletaria. «Al final la naturaleza humana se venga y esos sistemas fracasan. Igual que el de la Revolución francesa, estos intentos de ingeniería política han de fracasar y pasar para que lo que tienen de justo se incorpore al acervo común». Al profesor Adrados le pasma que muchos intelectuales hayan apostado o creído en el marxismo (como si el liberalismo o el fascismo no tuvieran sus propios horizontes utópicos). «Representa un fenómeno psicológico impresionante el que muchos de los hombres más cultivados de Occidente hayan tardado tanto tiempo en ver lo que era tan simple de ver: que todo sistema ideal, cerrado y absoluto, engendra tiranía y que ésta no es necesaria para impulsar el progreso social». Reconoce, sin embargo, que los regímenes liberales y socialistas han podido absorber lo que hay de válido en Marx, poniendo el problema social en el centro del escenario de la vida política y profundizando la democracia. «Aquellos hombres pensaban que la tiranía era un accidente transitorio [...]. Cuando se dieron cuenta de hasta qué punto la realidad no respondía a sus esperanzas, era demasiado tarde para muchos: eran prisioneros de su juventud, soñaban pese a todo con el viejo ideal». El comunismo fue derrotado en su fracaso económico por los hechos, ya que la teoría era un sistema más o menos perfecto.

Las opiniones y juicios de Adrados sobre la política nacional e internacional son duras, conservadoras. La organización del libro, además, puede producir una impresión algo extraña: algunos trabajos están hechos a partir de retazos de artículos publicados en periódicos y otras publicaciones, y no se distingue claramente en qué circunstancias fueron dichas ciertas cosas (en qué medio, cuándo), de lo que es el verdadero meollo, la reflexión más filosófica sobre la democracia, que constituiría el núcleo del libro. De hecho, pensamos que, tal vez, algunas reflexiones deberían formar parte de un volumen de artículos de periódico del autor, no ser parte de una “nueva historia de la democracia”.

Así, las opiniones sobre las guerras imperialistas, reducidas a un fenómeno político: «La exacerbación del sentimiento islámico antioccidental y antidemocrático y, en definitiva, de un fuerte obstáculo para la difusión por el mundo de la cultura de las naciones occidentales y su cultura, en la que entra la democracia, han provocado réplicas occidentales, entre ellas las invasiones americanas contra Iraq (1991 y 2003) y Afganistán, que intentan instalar allí la

democracia occidental». «Las dos guerras contra Afganistán, que había acogido a Al Qaeda, causaron igualmente enfrentamientos; hay países que han retirado las tropas o hablan de hacerlo, ¡incluso los americanos se dan un plazo para retirarse! Mala táctica». «Pero ya ven lo que pasó en la de Vietnam. Y se retiran de Iraq y hablan de retirarse de Afganistán. Y no se atreven con Irán. En fin, en muchos lugares ha habido sus más y sus menos con la democracia, el nombre ha sido, según los casos, más o menos justo. Todo esto es penoso, fruto puro y simple de la “blandura” que ha invadido a Occidente».

En el repaso a la historia de la democracia en España, se ataca al 98 y al regeneracionismo y sus «lloriqueos»; lanza dardos especialmente venenosos contra Unamuno, al que tacha de provocador: «Profesor de griego, no era un helenista, él mismo lo dejó escrito: que el Estado no le pagaba para eso. Y todo lo que citaba, incansablemente, de los griegos era el primer verso de Píndaro, “lo mejor es el agua”». Pero las palabras más duras las reserva para Azaña, al que responsabiliza, en gran parte, de la guerra civil española y al que convierte en personaje de tragedia. La guerra de España fue resultado de la intolerancia; el país no estaba preparado para la democracia y en las guerras civiles nadie tiene toda la razón. El verdadero drama lo sufrieron los verdaderos demócratas y los liberales.

Pueden darse más ejemplos de esta perspectiva que debe mucho de su conservadurismo al estilo ensayístico, a veces periodístico, y al intento de mapear la realidad con una visión totalizante y abstracta. Pero sus opiniones políticas (con las que se puede o no discrepar) no son la clave para comprender sus aportaciones sobre la lectura de la democracia como fenómeno. Eso sería reducir la lectura a una lista de “tomas de posición” empapando la argumentación. Sin embargo, quedaría incompleta una reseña sobre *NHD* que no incluyera tales opiniones. Resumiremos al máximo: insiste Adrados en una idea: el franquismo fue terrible para la cultura española (exilio, aislamiento, degradación económica), pero «yo soy testigo de que las nuevas generaciones, la mía entre ellas, consiguieron poco a poco salvar ese bache. [...] Nosotros y los exiliados de América éramos dos ramas de lo mismo».

La famosa transición, ha quedado como modelo político para el mundo: un acuerdo entre todos sin represalias. «Fue afortunado que el comunismo, que parecía la fuerza con más perspectivas de victoria, al final no venciera: lo derrotaron los que sí tenían memoria». Lo único que quedaba era humanizar el capitalismo que invadía el mundo, incluidas las vidas privadas. Los socialistas aceptaron la economía mixta, más tarde hasta las privatizaciones. «Se ha hablado

de derechización: se trata, más bien, de una aceptación de la realidad». Las derechas también habían evolucionado. Habían aceptado algún grado de intervencionismo social (ya desde Franco), ponían menos énfasis en lo religioso y aun en lo militar; aceptaban de mejor o peor grado la reforma autonómica. En realidad, cuando se dice que el PSOE no está tan lejos de los partidos del centro y derecha, se dice una verdad que los interesados intentan disimular.

Las opiniones del profesor Adrados sobre la cuestión educativa también son reseñables: «Este comunismo educativo, a diferencia del económico hoy por todos rechazado, se ha impuesto, hasta el momento, aunque las derechas intentan (no mucho) recortarlo». «Pienso que la aproximación cultural de la población, igual que la económica, es necesaria; pero que el igualitarismo cultural es tan nocivo, a la larga, como el económico. Es un daño para la nación y no puede durar: la naturaleza humana se vengará de él. Es de lo más preocupante de la situación actual». No es la primera vez que Adrados representa a la “naturaleza humana” vengándose de comunistas o igualitaristas. Aquella se parece a las divinidades vengadoras, las Erinias. También está en contra de las autonomías, a las que denomina reinos de taifas o pequeñas Albanias. Y la emigración, «en parte es bienvenida, en parte es inasimilable y fuente potencial de peligros: concretamente, la islámica, que está repitiendo, con otros procedimientos, la de Tarik y Muza del año 711» (esto, claro, puede leerse como una ironía).

Hacia el final del libro, en la Parte III, «La democracia, hoy» y la Conclusión, repite las ideas centrales sobre su concepto de democracia: el precio de la libertad es un cierto desorden. «Y no se olvide que el conflicto es el origen de todo –lo dijo Heráclito–, la democracia no es sino un procedimiento para intentar encauzarlo, para seguir tejiendo en paz la eterna tela de Penélope». «El papel del político es el de encauzar la esperanza y alejar la violencia. Algo así como poner el vapor a funcionar para que tire de la locomotora, evitando que provoque una explosión. Ignorar los hechos y la vida humana, con su ritmo, su mezcla de bien y de mal, de acción y reacción: esto es cosa del político aficionado, del aprendiz de brujo». Menciona la teoría del caos, y señala que la historia no transcurre en línea recta. La evolución transcurre a través de una serie de quanta, de saltos, igual que en la teoría física así denominada o en la creación de las especies biológicas o en la creación de nuevas lenguas. Nunca hay determinismo, sólo probabilidades; nunca identidad, sólo aproximaciones. Hay posibilidades que a veces cuajan, a veces no. Expresa algo de pesimismo. Si es verdad que la democracia se extiende, no lo es menos que el caos internacional, el «nuevo desorden» cunde por doquier. «La tragedia está en el núcleo íntimo de la historia

y de toda peripecia humana sobresaliente. Pero la democracia quiere, en realidad, curar la tragedia. Crear una historia racional y un comportamiento racional de los hombres. Y ello a partir de una violencia inicial, de una dosis de tragedia, pero superándola luego».

Por último, afirma la importancia de los testigos directos: «Queda la memoria humana: la de los protagonistas, la de sus continuadores en situaciones semejantes, la de los que intentan, en sus historias, rememorar los hechos. Deberían ponerse en el lugar de todos, ver las circunstancias, lo que era posible e imposible, la parte de buena voluntad junto a la parte de ceguera y de culpa. Quizá esto ayudara a curar tanta pasión como brota de tantos relatos históricos y contribuye a cegar nuestro conocimiento, si no a arrastrarnos a los mismos errores. Quizá ayudara a hacer que el historiador fuera un testigo próximo o remoto, simplemente; no un partisano más. Y un maestro y un médico de la naturaleza humana, como proponía Tucídides».

El soporte de la interpretación de Adrados, la analogía democracia griega-democracia occidental o burguesa, es también su punto más débil. Adrados cree posible cubrir y explicar la historia de las democracias occidentales estableciendo paralelos entre los diferentes procesos y encontrando parecidos. Es posible que se pueda filosofar sobre el acontecimiento de la democracia ateniense. Lo que no parece tan claro es aplicar una lectura filosófica excesivamente abstracta al resto de la historia de la humanidad; se siente uno tentado a etiquetarlo como pensamiento escolástico. Otra cuestión es si cabe entrar en un juego de comparaciones: que el régimen de democracia directa sea factible en países de 40 –o 400– millones de personas, que el mundo actual es más complicado, que las clases dominantes actuales, las grandes corporaciones industriales y financieras no permitirán la democracia directa, etc. Igualmente improductivo sería localizar los fallos de tipo histórico. La cuestión no es quién sabe más, sino qué hacer con ese saber. Pero zanjar el asunto diciendo que Adrados es *esencialista* no llevaría a ningún lado, como si eso fuera un argumento. En *NHD* se plantea, como el Dr. Pangloss, que la democracia es un mecanismo para evitar el conflicto, el mejor de los sistemas posibles en un mundo en el que los puede haber peores. Que se crea que “el Poder” tiene unos mecanismos transhistóricos no es sólo de Adrados: es una idea muy antigua.

La república de los atenienses, de alrededor del 420 a. C., es una obra fascinante. Se desconoce al autor, al que se ha apodado, por sus ideas sobre la democracia ateniense, “el Viejo Oligarca”. Fascinante es también la edición bilingüe de 1971 en la edición del *Instituto de Estudios Políticos* de Madrid, reimpresión de la de

(atención) 1951. El director de la colección era el filósofo y político Francisco Javier Conde (1908-1974, discípulo de Carl Schmitt en la Universidad de Berlín); el traductor y anotador es M. F. Galiano, y el prologuista, el catedrático de filosofía Manuel Cardenal de Iracheta (1898-1971), el cual recibió clases de Manuel García Morente y José Ortega y Gasset y fue posteriormente miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), al que estaba ligado Adrados.

Citando al filólogo clásico danés Hartvig Frisch (1893-1950), político socialdemócrata y ministro de Educación, Iracheta comenta: «Frisch llega a comparar la situación del autor de *La República de los atenienses* con la de un “emigrado ruso en París durante los años en que la opinión corriente creía en el colapso inminente del bolchevismo”». (vii); Iracheta plantea que el texto de Pseudo-Jenofonte (para él Ps.-X) es el de una persona laica y racional; se ha exagerado, según él, que la de Atenas fuera una dictadura del proletariado (xi-xii), que se trate de una «revolución social»: Lo importante del opúsculo para nosotros «es la lucidez que le ha llevado a descubrir todo el trasfondo de la democracia ateniense: su sustrato sociológico. Con ello nuestro autor se coloca tempranamente entre los escritores superadores de toda “ideología”, de toda “cheap understimation”». (pág. vi). Refiriéndose a Ps.-X, disipador de las ilusiones de los oligarcas moderados, concluye: «Dos almas parecen luchar en el corazón del autor –dice Frisch [...]: un alma de oligarca, de noble– que informa su vida de ciudadano expatriado –y una mentalidad científica, en cierto modo intemporal, que ve claro y especula según los datos que posee, empíricamente. Esta mentalidad científica le permite ver la serie de los valores democráticos. Y también que la democracia no se hundía por sí– por la famosa “corrupción” platónica» (xiv). En una nota previa a la traducción, M. F. Galiano describe la obra de Ps.-X como «interesantísimo libelo que nos sale al paso en los mismos umbrales de esta antigua y siempre inmutable política europea». Este magma de ideas a medio camino entre el materialismo, el pragmatismo y el esencialismo, en un contexto de crisis, forman parte de las ideas de Adrados sobre la democracia.

Luciano Canfora (*Ideologías de los estudios clásicos*, 1980) afirma que, en lo referente a los usos y abusos de la historia del mundo clásico grecorromano, «estamos, pues, ante una *Usurpation* –uso, disfrute inmediato– de una mitología antigua», no reducida a Europa o USA, o a la democracia. Adrados hace algo que, en el campo intelectual español, fue parte de un debate importante. El franquismo (a imitación del fascismo italiano) había construido una tradición *cesariana* en torno a la mitología Augusto-Franco como salvador de la patria tras una dolorosa guerra civil (*v. gr.*, quien esto escribe oyó esto en las aulas de

filología clásica en la Universidad de Granada, entre elogios a César, en los años 90 del pasado siglo). Hablar de la democracia ateniense, de César, de la república, la guerra civil (en Roma) o la *stásis* griega, la guerra de los atenienses y los peloponesios: las palabras están llenas de fantasmas, reales y potenciales, falsos y verdaderos. Con relación a todo esto, la sensación es que Adrados reinterpreta este pasado como queriendo zanjar el asunto de una forma más cercana a nociones del tipo “naturaleza humana” y distinguir los procesos históricos griegos de los procesos revolucionarios de la modernidad, aunque, curiosamente, asimilando aquellos al liberalismo. Rompe unos espejos pero limpia las lunas de otros. Se centra más en las similitudes que en las diferencias, y estas son importantes: el sorteo, la participación directa de los ciudadanos.

Sin embargo, la sola situación de los debates en el campo intelectual español puede provocar una pregunta: ¿para qué, entonces, estudiar la democracia griega? ¿Por qué no dedicarse al presente y hacer tabla rasa del pasado? En primer lugar, es imposible hacer tabla rasa del pasado, de la imaginación política y de las tradiciones intelectuales, inventadas o reales: la democracia ateniense es para unos el “modelo”, para Castoriadis el “germen”, para otros “el legado griego”, para Adrados un “banco de pruebas”, la “lucecita”. Estas tradiciones (o redes o polos en el campo) existen y hay que argumentar, situarse, conocerlas. En segundo lugar, no basta con negar las negaciones. Hay algo en la misma naturaleza de la historia de la democracia ateniense que se impone a las reflexiones sobre la misma; algo que señala Iracheta al referirse a la democracia ateniense descrita por Ps.-X como una polis en la que (p. xii): «incluso (I 11) los esclavos, los albarranes y los libertos gozan de respeto y libertad en Atenas porque el *demos* los necesita. El hecho social es el que condiciona el jurídico y la constitución política; ésta es reflejo de aquella realidad social». Es útil contrastar todo esto con las reflexiones de Cornelius Castoriadis sobre la democracia ateniense, cuestiones –sobre la “ontología unitaria” y el “espíritu de campanario” y su *concepción* de la política como “creación” y las ideas de democracia radical– opuestas a la de democracia representativa; ideas que contrastan con las de F. R. Adrados, enclaustrado en la idea de democracia griega igual a democracia occidental, y que no trata de centrarse en las diferencias (como se ha dicho, la cuestión del sorteo de cargos, p. ej., o la democracia directa). Posiblemente está más preocupado de las interpretaciones y apropiaciones de la historia de la Grecia antigua y los efectos políticos resultantes. Castoriadis, procedente del trotskismo, no tiene ese problema. Hay mucho en juego, no sólo en términos de autorrepresentación e identidad (es imposible no recordar el pasaje de Marx en *El 18 de Brumario*), pero, quizás con Castoriadis, la democracia ateniense, más

allá del «estúpido juego de los méritos compartidos», es una anomalía en la historia de la política, más que una “constante”. La democracia ateniense es una «lucecita». En ello, el autor de esta breve reseña coincide con el profesor Adrados.

BIBLIOGRAFÍA

PSEUDO-JENOFONTE (1971): *La república de los atenienses*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos (reimpresión corregida de la 1 ed. 1951).

José Luis Bellón Aguilera
Universidad Masaryk de Brno, República Checa